EL OPERADOR ASPECTUAL *SE* *

Elena de Miguel y
Marina Fernández Lagunilla
Universidad Autónoma de Madrid

I. Introducción

El objetivo de este trabajo es mostrar que el pronombre átono *me, te, se* ..., con verbos como *beber(se), caer(se), ir(se), marear(se), morir(se), subir(se), ver(se)*, etc., que ha sido caracterizado a menudo como un elemento léxicamente perfectivo, constituye en realidad un operador aspectual de naturaleza cuantificacional, enfocador de una fase del evento denotado por el predicado en que aparece. En (1) se recogen algunos ejemplos de este clítico:

(1) a. Juan se murió ayer.
b. El libro se cayó del estante.
c. Juan se bebió {una caña/*cerveza}.
d. Juan se ha visto {toda la película/*cine inglés}.

---

* Este trabajo constituye una versión revisada y ampliada de trabajos anteriores que han sido presentados en los siguientes foros: el congreso *Focus sul focus*, celebrado en la Terza Università di Roma en mayo de 1997, el XXVII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Palma de Mallorca en diciembre de 1997, y el Encuentro de lingüistas y filólogos españoles e italianos *Dos jornadas particulares/Due giornate particolari*, celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid en mayo de 1998. Agradecemos a las audiencias de las distintas reuniones sus observaciones. Queremos dar especialmente las gracias a Ignacio Bosque, Luis Eguren, Juan Carlos Moreno, Antonio Narbona, José Portolés, Cristina Sánchez, Montserrat Sanz y Karen Zagona, quienes leyeron una primera versión del manuscrito y nos proporcionaron una serie de sugerencias, comentarios y críticas de notable interés, que esperamos haber sabido incorporar para el bien del trabajo. Esta investigación ha sido parcialmente subvencionada por el proyecto N.º PB97-0010 financiado por la D.G.E.S.

La hipótesis que sustenta nuestro análisis se fundamenta en la idea de que los predicados verbales no constituyen entidades atómicas, sino que se pueden descomponer en diferentes fases o no descomponerse[1]. En el primer caso, las distintas fases del evento se pueden focalizar. Desde esta perspectiva, el clítico se asimila a los adverbios aspectuales *aún*, *todavía* y *ya*, como unidades que tienen en común el ser señaladoras de las fases de un evento; de ahí que todas ellas pueden ser caracterizadas como 'operadores aspectuales'[2]. (Para el estudio conjunto de estas unidades véase Fernández Lagunilla y de Miguel, 1999).

El análisis aquí propuesto permite explicar un conjunto de datos del español relacionados con los verbos antes mencionados, como los recogidos en (2):

(2) a. *El niño se nació sietemesino.
b. *Me vi la costa y me dirigí a ella.
c. *El agua se hirvió en un instante.
d. *María se engordó (dos kilos).

En efecto, los ejemplos anteriores son todos ellos agramaticales, a pesar de su carácter perfectivo; por tanto, no pueden ser explicados por ninguno de los análisis que se limitan a atribuir un valor perfectivo al clítico aspectual, ya se derive dicho valor del carácter argumental del clítico, como sucede en el análisis de Rigau (1994), ya de la presencia en la oración de elementos argumentales, como el objeto y el sujeto, dotados de un determinado papel temático, como en el trabajo de Sanz (1995), o simplemente se identifique con la interpretación culminativa del evento, como se hace en Zagona (1996). Revisaremos estos análisis en el § 3.

---

[1] Para la idea de que los eventos están dotados de una estructura interna, subléxica o subeventiva, responsable de sus propiedades aspectuales, véanse Jackendoff (1983, 1990, 1992, 1993, 1996), Tenny (1987, 1994), Pustejovsky (1988, 1991, 1995), Grimshaw (1990), Hale y Keyser (1993) y Bosque y Masullo (1998).

[2] Si consideramos el clítico como un adverbio, en línea con la propuesta de Zagona (1996), también se asimilaría a estas unidades en cuanto a su naturaleza categorial; no obstante, nótese que sería un adverbio especial, puesto que presenta propiedades que no son las esperables en un elemento de esa clase: en concreto, la concordancia en persona y número con el sujeto de la oración; tales propiedades son quizá las que han determinado que otros estudiosos consideren el clítico como un pronombre con valor argumental (Rigau, 1994) o como la realización de una categoría funcional (de Miguel, 1992; Sanz, 1995; Mendikoetxea, 1999).

El trabajo está organizado del siguiente modo: en el § 2 se formula la hipótesis de la descomposición de los eventos en partes o fases y se argumenta dicha hipótesis a través del análisis de adverbios cuantificacionales y aspectuales del tipo de *sólo* y *aún*. El § 3 es una revisión crítica de análisis anteriores del clítico aspectual *me, te, se*... En el § 4 se presenta una clasificación de los eventos por su estructura interna y se expone de forma explícita la propuesta concreta de este trabajo: el clítico aspectual es un operador que exige que el verbo conste de una fase de logro seguida de un estado[3]. En el § 5 se incluyen algunas consecuencias interesantes de la hipótesis defendida con respecto a la predicación secundaria y al comportamiento de los adverbiales de manera. Por último en el § 6 se recogen las conclusiones del trabajo.

II. La estructura interna de los eventos

Existen distintas teorías en el campo de la semántica léxica que hacen derivar las propiedades aspectuales de los predicados de la estructura interna de que están dotados (véase la nota 1). Entre ellas hemos adoptado la de Pustejovsky (1991) por ser la que más se acerca a nuestro punto de partida, aunque nuestro análisis modifica y amplía su propuesta de clasificación de eventos, como veremos más adelante en el § 4.

De acuerdo con Pustejovsky (1991), la estructura de las distintas clases de eventos se puede representar como en el esquema de (3):

---

[3] A lo largo de este trabajo usamos terminología habitual en la bibliografía sobre clases de verbos y sus significados, como «logro», «estado» o «actividad» de Vendler (1967) e «iterativo», «puntual» e «ingresivo» de la gramática tradicional; más adelante, cuando precisemos las diferencias entre las clases de verbos cuya existencia proponemos, emplearemos otros términos más ajustados a nuestra hipótesis.

(3) Tipos de eventos según Pustejovsky (1991):

a. Estado	b. Proceso	c. Transición
E | e	P / \ e_1 ... e_n	T / \ P E
evento único, con duración y sin fases: *tener*	secuencia de eventos idénticos, con duración y fases: *buscar*	evento complejo que consta de un proceso (P) a través del cual se alcanza un estado (E); estructura de realizaciones y logros —en estos últimos no se menciona el proceso desencadenante del cambio —: *leer un libro, llegar, marcar un gol...*

(e= variable para cualquier tipo de evento)

Una forma sencilla de ilustrar qué queremos decir al hablar de que los eventos tienen fases nos la proporcionan los diferentes valores que toma el prefijo *re-* del español combinado con las distintas clases de eventos: *re-* con verbos estativos o no delimitados —los del esquema (3a-b)— tiene un valor intensivo; en cambio, con eventos que acaban —los del esquema (3c)—, *re-* puede presentar un valor iterativo o de repetición (aparte del intensivo). La repetición puede afectar al evento en su totalidad o sólo al inicio del evento, dependiendo de si el verbo es terminativo o ingresivo. En (4) se ilustran las distintas posibilidades señaladas:

(4) a. Juan retiene el libro, aunque en la biblioteca se lo reclaman.
b. Juan rebuscó la nota entre sus papeles de forma desesperada.
c. Juan releyó el libro.
d. Juan recondujo la situación.

En (4a) y (4b), con eventos que carecen de fase inicial y fase final, *re-* presupone que Juan tiene o busca algo y que lo hace de forma permanente o de forma especialmente concienzuda. En estos casos, *re-* incide sobre la manera en que el evento ocurre. En cambio, en (4c) *re-* se comporta como un cuantificador que implica que el evento, alcanzada su fase final, vuelve a darse, posibilidad negada en los eventos de (4a) y (4b), dado que el evento en esos casos no acaba. En (4d), por su parte, *re-* se comporta también co-

mo un cuantificador que implica que el evento una vez iniciado vuelve a comenzar. Este contraste se puede explicar atribuyendo a *re-* un valor de cuantificador de grado en (4b) y de cuantificador de cantidad en (4c-d)[4]. En suma, los distintos valores que *re-* toma dependen de si el evento denotado por el verbo al que se afija tiene o no fases e, incluso, de si la fase culminante del evento es la final o la inicial.

Otra prueba de la existencia de estructura en el interior de los eventos nos la proporciona el comportamiento de los adverbios de foco, como *sólo, incluso, también,* etc., cuya distribución e interpretación está relacionada con el aspecto léxico del predicado. Estas unidades, de naturaleza cuantificacional, tienen la propiedad de poder focalizar tanto el predicado completo (el verbo con sus distintos argumentos y los posibles adjuntos que lo acompañen) como sólo el verbo y alguno de sus argumentos, o alguno de los argumentos o de los adjuntos en exclusiva, según se ilustra en (5):

(5) a. María *sólo* ha comprado libros en Roma (no ha hecho turismo ni ha visitado a nadie...)
b. María ha comprado en Roma *sólo* libros (no queso ni ropa).
c. María ha comprado libros *sólo* en Roma (no en París).

Ahora bien, no todos los predicados admiten la focalización por medio de *sólo,* como se ve en (6):

(6) a. Juan sólo estudia (no escucha la radio, no trabaja...).
b. *El libro sólo se cae.
c. *El cactus sólo florece.
d. #El niño sólo se marea (no vomita, no pierde el equilibrio...).

La diferencia de gramaticalidad entre (6a) y (6b-c) tiene que ver con que en (6a) el verbo se define aspectualmente como un verbo de actividad, en la terminología de Vendler (1967). Como indican las alternativas incluidas entre paréntesis, este tipo de verbos en presente señala un evento en curso bien en un momento bien en un periodo determinado. En el primer caso, estamos ante lo que se conoce como la interpretación puntual («en este momento está estudiando») y en el segundo ante la interpretación habitual (equivalente a «Juan es estudiante»); cualquiera de estos valores del

---

[4] Con los estativos como *tener* o *conocer,* el valor que *re-* añade no parece atribuible, de un modo claro, a una lectura de cuantificación de grado ni a una de cantidad. En estos casos, el verbo parece cambiar de significado. A propósito de la interpretación y distribución de *re-* con las distintas clases aspectuales de verbos, puede consultarse Martín (1998).

presente admite *sólo*. En cambio, los eventos descritos por *caerse* y *florecer* en (6b-c) ocurren en un punto: constituyen un logro en la terminología de Vendler (1967); en concreto, un logro ingresivo. Este tipo de verbo en presente señala que el evento está a punto de ocurrir pero aún no ha ocurrido y ésa es la causa de que no pueda aparecer el adverbio *sólo*.

En efecto, *sólo* no es compatible con una información expresada por un evento como los de (6b-c) porque, como adverbio de foco, relaciona el valor de la expresión focalizada (en este caso, el verbo) con un conjunto de alternativas que resultan excluidas —las representadas entre paréntesis en (6a,d)—. Como se puede deducir fácilmente, un evento que está a punto de ocurrir no ha ocurrido y, por tanto, no puede excluir la existencia de otros eventos alternativos. En el caso de (6d), lo que queremos reflejar a través del signo que encabeza la frase es que la oración es aceptable pero sólo en el sentido habitual del presente. En cambio, en el sentido de evento único o puntual, de nuevo es imposible puesto que *marearse*, como *caerse* o *florecer*, expresa en presente un evento que está a punto de ocurrir.

El hecho de que *florecer* pueda aparecer modificado por *sólo* en oraciones como *el almendro sólo florece en febrero mientras que el cerezo florece también en abril* o *el almendro sólo florece cuando tiene suficiente agua* (ejemplos que agradecemos a José Portolés) no constituye una objeción a nuestro análisis puesto que, en estos casos, lo focalizado por *sólo* no es el evento denotado por *florecer* sino las expresiones adverbiales *en febrero* y *cuando tiene suficiente agua* respectivamente; de ahí que hayamos mantenido el asterisco en (6c).

Por otra parte, el ejemplo (6c) es agramatical en la interpretación específica que aquí estamos manejando, pero no lo es en una interpretación genérica, según la cual de una planta como el cactus el único evento predicable es *florecer*, no *dar fruto* ni ningún otro evento. No se trata, por tanto, de la interpretación habitual que habíamos señalado para *marearse* en (6d), según la cual un sujeto experimenta de manera repetida el mareo; en este último caso, las alternativas excluidas por *sólo* forman parte de un conjunto restringido de posibilidades que acompañan habitualmente a *marearse* (como *vomitar, perder el equilibrio* ...), mientras que en el caso de *florecer* con la interpretación genérica queda excluido un conjunto infinito de posibilidades *(dar fruto* y cualquier otro evento imaginable).[5]

---

[5] La distinción entre exclusión total y parcial de alternativas nos ha sido sugerida por Juan Carlos Moreno.

En resumen, la distribución de *sólo* en los ejemplos de (6) prueba que existen distintos tipos de eventos de acuerdo con su estructura interna. Ahora vamos a mostrar de nuevo que la estructura interna de algunos tipos de evento se descompone en fases, que pueden a su vez ser focalizadas por medio de adverbios aspectuales del tipo de *ya* y *aún*. (Para una exposición detallada de esta propuesta véase Fernández Lagunilla y de Miguel, 1999). En (7) incluimos unos ejemplos con *aún:*

(7) a. María aún estudia.
b. *Juan aún sale de la fiesta.
c. Aún salen invitados de la fiesta.
d. Aún sale agua del grifo.

Los datos de (7) muestran que *aún* es compatible con verbos como *estudiar,* que denotan una actividad dotada de fases —como se ve en (7a)— y es incompatible, en cambio, con los verbos ingresivos cuyo presente expresa que el evento está a punto o en vías de ocurrir. La causa de esta incompatibilidad, ilustrada en (7b), estriba en que *aún* constituye un operador aspectual que, de acuerdo con nuestra hipótesis, enfoca la fase intermedia de un evento, de manera que presupone que existe una fase anterior en la que el evento ya se daba —y probablemente habrá una fase posterior, aunque esto no está implicado directamente—. Por tanto, *aún* es compatible con *estudiar* pero no con *salir,* que, como *caerse, florecer* y *marearse,* denota un evento ingresivo (carente, por tanto, de una fase anterior). En cambio, cuando el sujeto de la predicación es plural o un nombre no contable y el evento puede entenderse como iterativo, sí es posible la presencia de *aún* con un verbo ingresivo, como se ilustra en (7c-d).

Una vez que hemos mostrado la existencia de fases en el interior de los eventos y la posibilidad de focalizar esas fases, pasamos a revisar algunos de los análisis propuestos para el clítico aspectual, antes de presentar nuestro análisis de éste como un operador que enfoca determinada fase de la estructura del evento.

III. Análisis previos del clítico aspectual

El pronombre clítico objeto de este trabajo ha sido tratado extensamente en la bibliografía en relación con el aspecto léxico, tanto por parte de los gramáticos tradicionales (Fernández Ramírez, 1986, Molina Redondo, 1974,

etc.) como en estudios recientes [6]. Vamos a fijarnos especialmente en estos últimos, puesto que en ellos la cuestión aparece formulada en términos gramaticales más precisos y más próximos a la hipótesis que subyace a nuestro análisis. Los trabajos concretos a los que nos referimos son los de Rigau (1994), Sanz (1995) y Zagona (1996).

3.1. *El análisis de Rigau (1994)*: *el clítico como un argumento benefactivo*

La tesis de Rigau caracteriza el *se* como un clítico argumental benefactivo que exige la presencia de un argumento interno y que, en consecuencia, aparece en contextos aspectualmente perfectivos. A este análisis se le plantea una serie de problemas que pasamos a examinar.

En primer lugar, no da cuenta de por qué razón ciertos verbos inacusativos y transitivos, que cumplen el requisito de contar con un argumento interno, en cambio, no pueden coaparecer nunca con *se*. Por ejemplo, verbos inacusativos delimitados como *entrar, estallar, explotar, llegar* o *nacer* no coaparecen nunca con *se* —véase (2a)—, a diferencia de *salir, ir* y *morir* —véase (1a)—, que sí lo hacen. De acuerdo con el análisis de Rigau, no habría razón para excluir *se* con esos verbos. Otro tanto ocurre con verbos como *adelgazar, crecer* y *engordar,* que aunque cuenten con un argumento interno delimitado tampoco coaparecen con el *se* aspectual —véase (2d)—.

Por lo que respecta a los verbos transitivos, el análisis de Rigau no explica tampoco el contraste que manifiesta el verbo *ver,* que acepta el clítico cuando el complemento es del tipo de *la película, la exposición,* y no lo acepta cuando es del tipo de *la cima, la costa,* como se ilustra en el contraste de (8):[7]

(8) a. Me vi la película en un par de horas.
b. *Me vi la costa y me dirigí a ella.

En ambos casos, el evento es perfectivo y en ambos casos existe un argumento interno, pero sólo en uno de ellos es posible la presencia de *se*, comportamiento que no se deduce de la explicación de Rigau.

---

[6] Para un repaso de la bibliografía al respecto, véanse Narbona (1984) y Sanz (1995). En los trabajos de corte tradicional se ha atribuido a menudo a este clítico un valor expresivo o enfático, lo que apoyaría de manera lateral la hipótesis aquí defendida de que es un elemento cuantificacional. A propósito de este valor expresivo, puede consultarse de nuevo Narbona (1984) y las referencias allí citadas.

[7] También el verbo *oír* manifesta un contraste similar, según nos sugiere Luis Eguren, en frases como *me oí todo el concierto* frente a **me oí un grito*.

Obsérvese, por último, que todos los verbos mencionados más arriba aceptan sin dificultad un clítico benefactivo, que Rigau consideraría un dativo ético o de interés, como se ve en (9 a-b). Ello supondría también un problema para este análisis: si los clíticos de (9) son benefactivos y están, por tanto, relacionados con la perfectividad del predicado, no se explica por qué en (9a-b) no puede aparecer el clítico aspectual en contraste con lo que sucede en (9c).

(9) a. La bomba {me/*se} ha estallado en las manos.
b. El niño {me/*se} ha crecido mucho ({me/*se} ha engordado dos Kgs., {me/*se} ha llegado a casa tardísimo, {me/*se} ha nacido sietemesino).
c. El hijo se me fue a Bosnia (se me ha muerto el canario, mis hijas se me comen un buey si se lo pongo).

3.2. *El análisis de Sanz (1995): el clítico télico*

Para Sanz, el clítico *se* es un elemento no argumental cuya aparición está también condicionada por la telicidad de la oración. Más concretamente, Sanz hace derivar la legitimación de este clítico télico de la presencia de un argumento interno afectado —entendiendo por tal el argumento capaz de delimitar un evento, en el sentido de Tenny (1994)— y de un sujeto que ella considera el agente u originador del evento. Es decir, la hipótesis de Sanz pone en relación la presencia de *se* con la información semántica de los argumentos del predicado.

Este análisis explica con dificultad por qué algunos inacusativos delimitados (como *nacer)* no pueden llevar *se:* según la autora, el argumento interno de *nacer* no satisface ninguno de los requisitos que Tenny propone para los argumentos delimitadores. En cambio, de esta explicación no se deduce en qué medida el argumento interno de *morir* sí delimitaría el evento (puesto que este verbo sí coaparece con *se)* y el de *nacer* no, dado que ambos experimentan un cambio de estado por el que parecen resultar afectados.

A propósito de verbos como *salir* y *caer,* Sanz considera que lo que permite la presencia de *se* es la existencia de un argumento interno que describe una trayectoria *(path)* cuyo límite está implícito. Esta propuesta tampoco explica por qué con verbos como *entrar* y *llegar* no es posible *se,* puesto que también con ellos el sujeto describe una trayectoria que acaba[8].

---

[8] Aunque en ciertas variantes dialectales puedan encontrarse ejemplos del tipo de *Me entré en la casa corriendo* o *Me llegué a la casa de mi vecina,* éstas no son las que hemos teni-

Por otra parte, para Sanz el papel fundamental en la legitimación del clítico corresponde al argumento interno afectado; pero esa condición no es suficiente para explicar ciertos contrastes —como por ejemplo el de (10)— y por ello la autora también otorga al sujeto un papel legitimador, siempre que se pueda interpretar como el agente u originador del evento. Así, para ella la oración de (10a) sería correcta con el clítico, frente a (10b):

(10) a. Ayer me vi todas las películas de Michael Keaton.
b. He salido al jardín y (*me) he visto a tres niños que salían corriendo.

Según Sanz, el sujeto de (10b) es un experimentante, y de ahí la imposibilidad de que aparezca el clítico aspectual *me*. Con todo, no queda claro en qué medida el sujeto de *ver todas las películas* habría de ser más agentivo que el de *ver a tres niños*. De hecho, el predicado *ver la película* no responde a las pruebas que normalmente se dan para los eventos agentivos: la construcción de imperativo —véase (11a)— y la combinación con un adverbio del tipo de *voluntariamente, deliberadamente*, etc. —ilustrada en (11b)—.

(11) a. *¡Ve la película!
b. *Me he visto deliberadamente la película.

La hipótesis que proponemos en el § 4, por el contrario, sí permite dar cuenta del contraste de gramaticalidad en los ejemplos de (10), sin necesidad de acudir al papel semántico de los argumentos [9].

---

do en cuenta. Con todo, obsérvese que en estos casos el significado de *entrarse* y *llegarse* parece más próximo al de *meterse* y *acercarse* que al de las correspondientes variantes estándar sin el clítico *(entrar* y *llegar)*. También los verbos de "acabamiento gradual", del tipo de *adelgazar* y *engordar*, tienen una variante dialectal con el clítico, de la que tampoco nos hemos ocupado aquí. Sobre esta clase de verbos volveremos más adelante.

[9] Nuestro análisis también explica el contraste que ofrece Sánchez (1996, pág. 161, nota 15) entre **su abuelo murió él en la guerra* y *?el enfermo se murió él, no le mató ningún médico*. Según la autora, dicho contraste deriva de una supuesta interpretación agentiva del verbo potenciada por la presencia de lo que ella considera un *se* reflexivo. De acuerdo con nuestra hipótesis, la presencia del *se*, que de ninguna manera es reflexivo, no legitima la lectura agentiva del sujeto, sino que expresa, como precisaremos después, el punto culminante de un evento que desemboca en un cambio de estado; la aparición del pronombre enfático en ese contexto simplemente señala que el sujeto no ha sido un obstáculo en la culminación del proceso. De hecho, la distribución del pronombre enfático es justamente la contraria de la propuesta por Sánchez en el par *dejar-dejarse*, cuyo primer miembro sí tiene un sujeto agentivo, y admite el pronombre enfático —*Juan dejó el libro en la biblioteca (él)*—, mientras que el

3.3. *El análisis de Zagona (1996): el clítico como un operador verbal*

Zagona, en línea con la propuesta de Zubizarreta (1987) para otros tipos de *se*, atribuye al *se* aspectual la naturaleza de un adverbio que funciona como un operador verbal presente en las transiciones que culminan. Este *se* indica una relación entre el sujeto y el objeto al fin del evento en los predicados cuyo objeto experimenta un cambio de estado. La propuesta de Zagona considera, pues, que el *se* marca la culminación del evento y que ésta coincide con su terminación.

De acuerdo con su hipótesis, verbos transitivos como *lavar los platos* o *abrir una lata* no aceptan el clítico aspectual, a pesar de que su argumento interno sí experimenta un cambio de estado, porque en ellos el sujeto no experimenta ninguna transición. En consecuencia, si aparece con dichos verbos un clítico, será un benefactivo[10].

Aparte de que no coincidimos con los juicios de Zagona[11], y consideramos posibles predicados como *abrir una lata* y *lavar los platos* con el clítico aspectual, la diferencia de base entre nuestro análisis y el tratamiento de Zagona tiene que ver con su consideración de 'culminativo' como sinónimo de «perfectivo», que nosotras no suscribimos. De hecho, existen prue-

---

segundo, a pesar de la presencia de *se*, tiene un sujeto no obligatoriamente agentivo, por lo que no admite el pronombre enfático —*Juan se dejó el libro en la biblioteca (*él)*—. El carácter no necesariamente agentivo del sujeto de los predicados con el clítico pronominal ha sido señalado por Narbona (1984, págs. 177-178) a propósito, entre otros, del contraste *dejar-dejarse*.

[10] La autora avala esta afirmación con el hecho de que tales verbos con clítico no equivalen a la construcción inglesa con *up*, partícula con la que equipara el *se* aspectual del español. Así que cuando aparece un *me, te, se* en estos contextos (como en *Me abrí dos latas en medio segundo)* el clítico, según Zagona, ha de ser un benefactivo. Sin embargo, en nuestra hipótesis el *me* del ejemplo anterior no tiene por qué no ser aspectual. El hecho de que no coincida su distribución con la del *up* del inglés tiene fácil explicación si se acepta, según propondremos más adelante, que el clítico del español no tiene valor terminativo, como probablemente sí le ocurre al *up* del inglés. Es decir, si se separa el concepto de terminación del de culminación. Por otra parte, sólo si se considera el *me* del ejemplo anterior como aspectual se explica su coaparición con un clítico benefactivo en ejemplos como *Mi hijo es muy habilidoso, se me abre dos latas en medio segundo*.

[11] Por ejemplo, consideramos gramaticales tanto *Juan se bajó del árbol* como *Juan se bajó al suelo;* esta última, en cambio, es inaceptable para Zagona. Por otra parte, Zagona considera una prueba de que *se* marca la culminación del evento y que ésta coincide con su terminación el hecho de que es incompatible con el clítico un adverbio que suspenda el acabamiento del evento *(*El niño se comió la manzana en parte)*. Sin embargo, nosotras consideramos posibles ejemplos similares *(Casi se comió la manzana; se leyó el libro hasta la mitad)*, que sólo pueden explicarse si se separan los conceptos de 'culminación' y 'terminación'.

bas que demuestran que un evento puede culminar en un punto y no por ello acabar; y viceversa, acabar sin haber culminado en un punto en sentido estricto, como mostraremos en el siguiente epígrafe.

IV. El pronombre clítico como operador aspectual

4.1. *Clases de eventos por su estructura interna*

En contra de lo defendido habitualmente, la noción de perfectividad no es suficiente para explicar la aparición del clítico, como prueban los ejemplos de (2) —repetidos por razones de comodidad en (12)—, que resultan agramaticales a pesar de que contienen predicados perfectivos:

(12) a. *El niño se nació sietemesino.
b. *Me vi la costa y me dirigí a ella.
c. *El agua se hirvió en un instante.
d. *María se engordó (dos kilos).

La agramaticalidad de oraciones como las de (12) sí se explica, en cambio, si se separa la noción de perfectividad de la de culminación.

En efecto, existen predicados que son perfectivos porque acaban en un punto que coincide con el punto en que comienzan: son los denotados por verbos puntuales del tipo de *estallar, explotar, llegar, nacer,* que 'ocurren' en un punto. Existen, además, eventos que «culminan» en un punto, como los denotados por *marearse* o *hervir,* pero que, a diferencia de los verbos puntuales, constituyen eventos complejos, en la medida en que no ocurren en un punto sino que culminan en un punto inicial e implican una fase posterior a dicho punto. Esa fase posterior puede ser a su vez un estado: es el caso de *marearse* u *ocultarse,* eventos que una vez alcanzado el punto culminante inicial pueden implicar que el sujeto sigue mareado u oculto. La fase posterior al punto culminante puede ser también un proceso: es el caso de *hervir* o *florecer,* que no excluyen que el sujeto, alcanzado el punto culminante inicial, pueda seguir hirviendo o floreciendo; una prueba de que estos verbos denotan eventos complejos, compuestos de fases, es el hecho de que admiten ser modificados tanto por adverbiales puntuales, por ejemplo en (13a-b), como por adverbiales durativos, según se ilustra en (13c-d), dependiendo de la fase modificada en cada caso:

(13) a. El sol se ocultó en un instante.
b. El agua hirvió en un instante.
c. El sol se ocultó un rato (= «se mantuvo oculto»).
d. El agua hirvió un rato (= «se mantuvo hirviendo»).

Nótese, en cambio, que con los verbos que ocurren en un punto sólo se acepta el adverbial puntual —como se ve en (14a-b)— mientras que resulta imposible un adverbial que incida sobre la duración de una fase posterior, puesto que los eventos denotados por estos verbos son simples, constan de una sola fase: de ahí la agramaticalidad de (14c-d).

(14) a. Juan llegó {en aquel momento/a las dos}.
b. El niño nació {en un abrir y cerrar de ojos/a las dos}.
c. *Juan llegó un rato.
d. *El niño nació un rato.

Pues bien, los verbos puntuales de (14), responden como perfectivos a las pruebas discriminatorias de la perfectividad de un predicado; así, aceptan entrar en una construcción de participio absoluto, según se ve en (15a), y la modificación por el adverbial de tiempo con *en*, con el sentido que se recoge en la glosa de (15b):

(15) a. Llegada la primavera, el jardín floreció.
b. Juan llegó en diez minutos («cuando pasaron diez minutos, ocurrió el evento»).

En cambio, los predicados que culminan en un punto inicial pero no acaban (por contar con una fase posterior abierta, ya sea un estado ya sea un proceso) no aceptan la construcción de participio absoluto —véase (16a)— y aunque pueden ser modificados con el adverbial encabezado por *en*, dicho modificador carece del valor de terminación que posee cuando acompaña a verbos perfectivos —véase el contraste entre la glosa de (15b) y la de (16b)—.

(16) a. *Hervida el agua, se pone turbia[12].

---

[12] Nótese que el ejemplo (16a) es agramatical porque contiene una construcción de participio absoluto, que exige que el verbo en participio sea aspectualmente perfectivo (como en (15a)). Esa condición se da cuando *hervir* se interpreta en la acepción de verbo transitivo causativo (en *hervida el agua, se echa la pasta*, por ejemplo). Pero no cuando se interpreta en su acepción de verbo inacusativo, como sucede en (16a). En ese caso, *hervir* constituye un evento que culmina en un punto inicial y va seguido de un proceso posterior (una vez que el agua comienza a hervir, puede seguir hirviendo), razón por la cual no acepta la construcción per-

b. El agua hirvió en diez minutos («cuando pasaron diez minutos, el evento comenzó»).

En suma, los verbos considerados normalmente como puntuales denotan, en realidad, eventos de dos clases: los que ocurren en un punto y los que culminan en un punto inicial. Éstos constituyen, pues, eventos ingresivos complejos y entre ellos se distinguen a su vez dos subclases: 1) los verbos del tipo de *marearse, ocultarse* y *sentarse:* suponen un estado posterior al punto en que comienza el evento, como indica la glosa de (13c); 2) los verbos del tipo de *florecer, hervir* y *ver*[13]: implican un proceso posterior al punto en que el evento culmina, como indica la glosa de (13d).

La diferencia aspectual entre verbos ingresivos cuya segunda fase es un estado y aquellos cuya segunda fase es un proceso queda clara también en su comportamiento con respecto a la perífrasis de gerundio y al operador aspectual *aún,* como se muestra en Fernández Lagunilla y de Miguel (1999).

Por lo que respecta a la distinción, dentro de los perfectivos, entre los predicados que ocurren en un punto y los que culminan en un punto final, ésta se muestra asimismo en su diferente comportamiento frente a expresiones adverbiales del tipo de *casi, poco a poco, completamente, del todo, hasta la mitad, paulatinamente,* etc. Estas dos clases de predicados se comportan también de un modo diferente respecto a las perífrasis *acabar de, dejar de, parar de, terminar de,* etc.[14].

Por último, existe un grupo de verbos que denotan eventos que implican un progreso en una fase intermedia y que pueden finalmente acabar, aunque no culminar en sentido estricto: son los verbos llamados de acabamiento gradual, como *adelgazar* y *engordar* (estudiados por Bertinetto y Squartini, 1995) que muestran un comportamiento dispar frente a las pruebas que se suelen utilizar para discriminar la perfectividad de un evento (en su vertiente inacusativa, aceptan como perfectivos el adverbial con *en* y se comportan

---

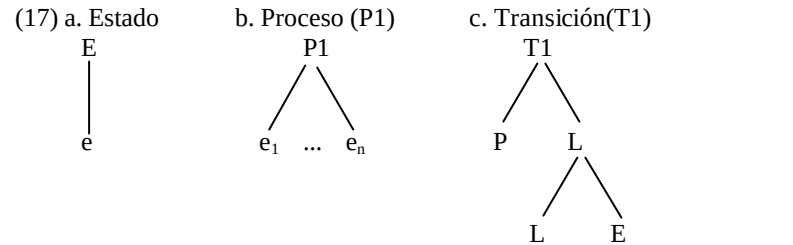
fectiva de participio absoluto. Precisamente, es la naturaleza perfectiva del verbo la que legitima la presencia de un sujeto explícito, requisito básico para que la construcción sea caracterizada como absoluta. De ahí que la oración *hervida, el agua se pone turbia,* construcción que se conoce como de participio concertado, no constituya una objeción a nuestra hipótesis, puesto que en ella el sujeto de *hervida* es un elemento pronominal nulo correferente con el sujeto de la oración principal, para cuya legitimación no es precisa la condición de la perfectividad de la cláusula. Véase para esta cuestión, de Miguel (1999).

[13] En el sentido del ejemplo de Bello (1847: § 626) *luego que vimos la costa nos dirigimos a ella,* y no en el de *ver una película*. Más adelante precisaremos esta distinción.

[14] A este respecto, puede consultarse de Miguel (1999).

como no perfectivos respecto de la perífrasis *dejar de)*. Aunque no podemos detenernos aquí para ilustrar las distintas posibilidades referidas [15], lo que sí podemos afirmar, una vez más, es que estos datos se explican mejor si separamos la noción de límite de la de culminación y si establecemos diferentes tipos de eventos en función de su estructura interna de fases; esto es lo que hacemos en los esquemas de (17).

(17) Clases de eventos por su estructura interna



evento simple, con duración y sin fases *(tener, detestar)*	secuencia de eventos idénticos, con duración y fases: evento no delimitado (*estudiar, nadar,..*)[16]	proceso o actividad que desemboca en un punto seguido de un cambio de estado: evento delimitado con duración que culmina en la fase final (*leer un libro, ver la película*)[17]

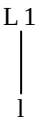
---

[15] Véase de Miguel (1999).

[16] Al hablar de secuencias de eventos idénticos nos referimos al hecho de que un proceso implica una sucesión de subeventos cada uno de los cuales representa una ocurrencia del evento total. Así en *Juan estudió dos horas* o *Juan nadó un rato,* lo que se afirma es que en cualquier punto del intervalo de tiempo a lo largo del cual el evento se desarrolló tuvo lugar sucesivamente la acción de estudiar o de nadar, de forma que antes de completarse el intervalo temporal el evento ya había ocurrido (Juan había estudiado y Juan había nadado).

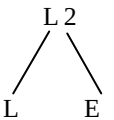
[17] El segundo subevento de una T1 puede ser un logro compuesto, como aparece en el esquema (17e), o puede ser un logro simple del tipo L1 en (17d). En ese caso, no será posible la presencia del clítico. Esto es lo que ocurre con los verbos transitivos puntuales como en las oraciones *Juan (#se) aceptó la propuesta*, *Raúl (#se) marcó un gol* —que sólo son aceptables en la interpretación reflexiva del clítico— y *Juan (*se) recibió dos libros.* Aunque pragmáticamente se puede entender que existe un cambio de locación o de estado en el objeto, ese cambio no constituye una fase visible de la estructura del evento en cuestión; de ahí que no admita un adverbial que modifique la duración del estado resultante como *un rato,* a diferencia de lo que ocurre con los logros de tipo L2. Desde esta perspectiva, estos verbos se comportan como los logros del tipo L1, que por no manifestar en su estructura una fase de estado, aunque pragmáticamente implican un cambio, no aceptan el clítico.

d. Logro simple (L1) (puntual)



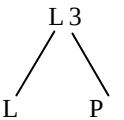
evento delimitado que ocurre en un punto *(explotar, llegar, nacer)*.

e. Logro compuesto (L2) (ingresivo)



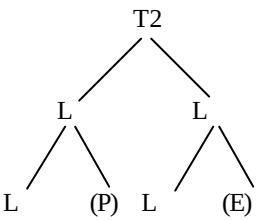
evento delimitado que culmina en un punto (la fase inicial) y va seguido de un estado *(marearse, ocultarse, sentarse)*.

f. Logro compuesto (L3) (ingresivo)



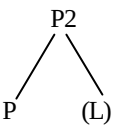
evento delimitado que culmina en un punto (la fase inicial) y va seguido de un proceso *(hervir, florecer, ver la costa)*.

g. Transición (T2)



evento delimitado que implica una transición entre dos puntos de culminación; tanto el subevento inicial como el final pueden a su vez descomponerse en dos fases (*aparecer(se), bajar(se), caer(se), ir(se), morir(se), subir(se), venir(se), volver(se)*).

h. Proceso (P2)



eventos de acabamiento gradual (*adelgazar, engordar, encanecer, envejecer*).

4.2. *El clítico como marca de culminación seguida de un cambio de estado*

De acuerdo con nuestra propuesta, el *se* es un operador aspectual que señala que el evento culmina en un punto que desemboca en un cambio de estado. Esto supone que el clítico debe ser incompatible con los verbos de estado, y así es en efecto, como muestran los ejemplos de (18a-b).

(18) a. *Juan se odia las acelgas.
b. *Me soy alto.
c. Me sé la lección.
d. Me estuve callada.

Nótese que el hecho de que (18c-d) sean posibles, aunque contienen verbos estativos, tiene cabida dentro de nuestra hipótesis; en ellos puede

presuponerse la existencia previa de un logro que desencadena el nuevo estado: el logro de «pasar a saber la lección» o «pasar a estar callada».

En cambio, el clítico es posible con los verbos del tipo T1, L2 y T2, puesto que todos ellos contienen un logro seguido de un estado, pero no con los verbos del tipo de L1 ni los de L3. Los primeros no admiten el clítico, porque son eventos simples que ocurren en un punto: esto es, son los verdaderamente puntuales, como *llegar, entrar, explotar, fallecer, regresar,* etc.; recuérdese que este tipo de verbos no aceptan adverbiales que señalen duración, puesto que no van seguidos de un estado o proceso, como se mostraba en (14c-d). Los segundos tampoco lo admiten porque son eventos complejos, cuya segunda fase no es un estado sino un proceso.

Esta caracterización del clítico, que vamos a llamar *se culminativo* como abreviatura del paradigma pronominal, nos proporciona una explicación uniforme para los distintos eventos compatibles con *se*. Esto es, permite dar cuenta de la obligada interpretación delimitada de los verbos transitivos con *se* —véase (1c-d)—, de la ausencia de *se* con ciertos verbos perfectivos *(entrar, estallar, llegar, nacer)* —véase (2a)—, ingresivos *(florecer, hervir)* —véase (2c)— y de acabamiento gradual —véase (2d)—, así como del contraste que manifiesta el verbo *ver* con respecto a la presencia del clítico —véase (1d) frente a (2b)—, fenómenos no explicados en análisis anteriores.

En efecto, por lo que respecta a los verbos transitivos, la estructura eventiva que les hemos asignado implica que la fase en que el evento culmina, y en la que tiene lugar el cambio de estado, es la fase final —véase (17c)—. De esta caracterización deriva el hecho de que el argumento interno de este tipo de verbos tenga que ser obligatoriamente delimitado cuando aparece *se*, como se ilustró en (1c-d). Y ello porque sólo de las expresiones nominales no existenciales se puede predicar un cambio de estado. Nótese que desde esta perspectiva el peso de la explicación no recae en la naturaleza delimitada del objeto directo, sino que ésta es una consecuencia obligada de la estructura que el clítico exige en el verbo. Así se explica mejor que ciertos verbos transitivos cuyo objeto directo es delimitado (determinado, referencial, discontinuo y afectado) sean no obstante incompatibles con *se*, porque la presencia de ese objeto directo no basta para delimitar el evento: es decir, un evento puede ser no delimitado, con independencia de las condiciones de su objeto; es el caso de *perseguir(*se) a su perro, empujar(*se) el carrito, seguir(*se) a mis amigos,* predicados que se construyen con el adverbial encabezado con *durante* y no con *en*, prueba de que no están delimitados, aunque su objeto sí lo está.

En cuanto a la incompatibilidad que muestran los verbos perfectivos del tipo de *estallar, explotar, llegar* y *nacer* con *se* puede explicarse fácilmente dada la estructura subeventiva que hemos atribuido a estos verbos —véase (17d)—, de los que hemos dicho que enfocan simplemente el punto en que ocurren, a diferencia de los verbos que culminan en un punto y van seguidos de una fase posterior (como *ocultarse* o *hervir)* —en el esquema (17e) y (17f)—.

Asimismo, la imposibilidad de *se* con ciertos verbos que sí implican una fase posterior, como *hervir* y *florecer,* se debe a que en estos casos la fase que sigue al punto en que culmina el evento —de hervir o de florecer— es un proceso y, como hemos dicho, *se* requiere que la estructura eventiva contenga un logro seguido de un estado.

El caso de *ver* se explica por su parte si consideramos que existe un *ver* que culmina en un punto seguido de un proceso, a la manera de *hervir* y *florecer,* y como tal no permite la presencia de *se:* es el caso del ejemplo de Sanz **me he visto a tres niños que salían corriendo*, donde se enfoca el primer momento en que tiene lugar la percepción visual (el logro) pero no se descarta que el proceso continúe[18]. De ahí que Bello hablara de este verbo como no delimitado, a propósito de un ejemplo equivalente *(luego que vimos la costa nos dirigimos a ella*, lo que no implica que la costa dejara de verse). Su estructura interna sería la recogida en (17f)[19]. En cambio, hay un segundo *ver* que es una transición: implica un punto culminante final con un cambio de estado en el objeto afectado; y éste sí acepta el clítico aspectual, como muestra la oración *me he visto una película de miedo*. Su estructura interna se correspondería con la del esquema (17c).

---

[18] La posibilidad de que aparezca un *me, te, se* en oraciones semejantes a la del ejemplo de Sanz (como en *Salí a la calle y me vi a mi novio abrazando a otra)* no debe interpretarse como un contraejemplo a nuestra propuesta, puesto que en este caso el *me (te, se* ...) es un clítico benefactivo compatible con un verbo cuya estructura eventiva no reúne los requisitos exigidos por el clítico aspectual. Una prueba del carácter benefactivo del *me* del ejemplo anterior es el efecto extraño que produce su aparición en contextos en los que no se espera la implicación del sujeto: *#Salí a la calle y me vi a su profesor abrazando a otra*.

[19] Oraciones del tipo *Me vi la costa entera* no serían una objeción a nuestro análisis puesto que, como el adjetivo *entera* indica, la fase en que culmina el evento denotado por el verbo *ver* en este ejemplo no es la inicial (a la que sigue un proceso), sino una fase de logro final seguido de un cambio de estado (aquel en que toda la costa pasa a estar vista). Por tanto, estamos ante un caso idéntico al de *Me vi la película en un par de horas* en (8a).

Asimismo, como el lector podrá comprobar fácilmente, nuestra explicación también permite dar cuenta de los casos que quedaban sin explicar en los análisis de Rigau y Zagona.

En vista de lo argumentado hasta ahora, podemos concluir que *se* no puede entenderse como un clítico télico o perfectivo, según se ha propuesto en la mayor parte de los trabajos al respecto, sino como un operador aspectual que señala el punto culminante que da paso a un cambio de estado. Será posible, pues, con los verbos del tipo T1, L2 y T2, en las condiciones mencionadas. En cambio, no aparecerá con los verbos del tipo de L1 ni L3. De éstos, los primeros *(llegar, entrar, explotar, fallecer, regresar,* etc.,) no aceptan *se* ni tampoco un adverbial que señale duración, puesto que no van seguidos de un estado o proceso posterior. Los segundos *(hervir, florecer,* etc.,) no aceptan *se* porque van seguidos de una fase de proceso, pero sí aceptan el adverbial durativo, la perífrasis de gerundio y el adverbio *aún,* dada la estructura interna de fases que poseen.

Por el contrario, los logros del tipo L2 *(marearse, ocultarse,* etc.), que culminan en un punto inicial (ingresivos) y van seguidos de una fase de estado posterior, sí aceptan *se,* además de un adverbial que indique el tiempo que dura ese subevento posterior *(se mantuvo oculto durante...,*). En cambio, no aceptan la perífrasis de *seguir* + gerundio ni el operador *aún,* excepto con sentido habitual o iterativo —recuérdese lo dicho a propósito de los ejemplos (6c-d)—. Para más detalles, véase Fernández Lagunilla y de Miguel (1999).

En los verbos del tipo T2, para los que hemos propuesto una estructura subeventiva especial puesto que implican un evento de transición entre dos locaciones o estados —esto es, un evento compuesto de dos fases, ambas delimitadas—, se incluyen *morir(se), caer(se), bajar(se), subir(se), ir(se), volver(se), acercar(se), aparecer(se),* etc.[21]. Estos verbos en la versión sin *se* pueden interpretarse como delimitados (aceptan el adverbial durativo con *en: subió en diez minutos)* y como no delimitados (aceptan el adverbial durativo con *durante: subió durante una hora),* con la excepción de *morir.* Ello nos lleva a pensar que el evento se compone de un primer subevento de logro tipo 3 (L3) —el punto de abandono de una locación o estado— seguido de un proceso que puede durar y de un segundo logro, en este caso un logro ingresivo del tipo 2 (L2), que implica un punto culminante seguido de

---

[21] Para otra propuesta sobre la estructura semántica de los eventos distinta a la de Pustejovsky, aunque también inspirada en ella, véase Moreno (1997).

un cambio de estado; por eso, estos verbos aceptan *se* y por eso, en su versión con clítico, aceptan el adverbial durativo *(se subió al tejado durante un rato),* con la excepción de *morirse* y *caerse.* Es importante señalar que el P del primer subevento puede durar, y que va precedido de un L puntual independiente: la primera locación o estado ya se ha abandonado. De ahí que estos verbos se comporten como los de L3 respecto de la pruebas con *aún* y la perífrasis de gerundio *(aún sube, sigue subiendo),* aunque en su versión con clítico aspectual se comporten como los de L2 con respecto de las mencionadas pruebas (*#aún se sube, #aún se sigue subiendo,* sólo aceptables en sentido habitual).

Nótese que los dos subeventos que componen la estructura de una Transición (T2) son a su vez ingresivos, como eventos delimitados que culminan en la fase inicial. Esto explica que el imperfecto de tales verbos sea compatible con *ya* en la interpretación de conato, tanto en su versión con clítico como sin él (véase a este respecto Fernández Lagunilla y de Miguel, 1999). Las únicas excepciones, entre los verbos a los que hemos atribuido esta estructura, como ya hemos adelantado, son *caer* y *morir,* que se comportan de un modo singular, en cuanto que no aceptan, en su versión sin *se,* el imperfecto de conato, y, en su versión con *se,* los adverbiales durativos como *un rato, durante unos minutos,* etc. (**se cayó durante un rato, *se murió un rato).* Este comportamiento podría deberse, de acuerdo con la estructura de fases propuesta en el esquema (17g), al hecho de que la fase de estado en que se descompone el segundo logro en cierto nivel de la proyección deja de ser visible o relevante desde un punto de vista sintáctico: nótese que esto no constituye una objeción a nuestra propuesta de que la aparición de *se* está condicionada por la existencia de un logro seguido de un cambio de estado, porque, en realidad, sí existe un estado que sigue al logro de *caerse* y *morirse* (el de «estar en el suelo» y el de «estar muerto»). La novedad estriba en que ese estado es especial por alguna razón que impide su modificación con un adverbial durativo. Ése es el motivo por el cual en el segundo logro de (17g) aparece entre paréntesis la E de «estado».

Por lo que respecta a la fase de proceso contenida en el primer logro del mismo esquema, la P también aparece entre paréntesis porque, al menos en el caso de *morir,* tampoco acepta adverbiales durativos ni adverbiales de grado *(*murió un rato, *murió bastante)*. En este sentido, *morir* equivale en su primera fase a un verbo de logro puntual, como *llegar* o *nacer,* cuya estructura se recoge en (17d). La diferencia estriba en que para *morir,* como

para *caer*, proponemos una estructura de transición, lo que explica que, en contraste con los de L1, estos dos verbos sí acepten *se*[22].

Nada vamos a añadir a la propuesta sobre clases de eventos de Pustejovsky (1991) respecto de los otros tres tipos de evento incluidos en (17): E, P y T1. De hecho, la distinción más conflictiva ha sido siempre la que se ha llevado a cabo dentro de la clase de los logros, cuya existencia se ha negado en ocasiones y cuya subdivisión ha sido también objeto de controversia[23].

Para los verbos de acabamiento gradual *(adelgazar, engordar, envejecer, encanecer,* etc.), que responden a ciertas pruebas como procesos no delimitados y a otras como transiciones delimitadas (véase Bertinetto y Squartini, 1995), nuestra hipótesis sobre la estructura interna de los eventos permite darles un tratamiento homogéneo, descomponiéndolos como se ve en (17h): P [P (L)]; es decir, como procesos que pueden incluir un punto final.

En su descomposición, los verbos de acabamiento gradual se asemejan a las transiciones (T), pero su fase principal no es la terminativa, sino el subevento precedente. Por ello, la consecuencia de *adelgazar* no es «estar adelgazado» sino un evento distinto (el de «estar delgado»), a diferencia de lo que ocurre en las transiciones cuya fase culminante es un L + E: por ejemplo en *construir una casa,* cuya conclusión supone que «la casa está construida». De hecho, la parte de proceso (P) de una transición se puede obviar (por ejemplo en una T1 puntual, como *marcar un gol,* donde no cabe la aparición del adverbial durativo con *durante*) pero no el subevento de lo-

---

[22] Esta propuesta se ve avalada por el hecho de que en japonés ambos verbos inacusativos aceptan pasiva (luego son transitivos y son distintos de los otros inacusativos), como se ilustra en los siguientes ejemplos (que agradecemos a Shiori Tokunaga, c.p.):

(i) (watasi-no) chichi-ga shinda > watasi-wa chichi-ni sinareta
mi padre murió yo padre-por fui muerto

(ii) ame-ga futta > wareware-wa ame-ni furareta
lluvia cayó nosotros lluvia-por fuimos caídos

Este comportamiento de *caer* y *morir* frente a la pasiva, singular respecto al del resto de los inacusativos del japonés, parece confirmar no sólo que son transitivos sino que poseen una estructura eventiva exclusiva. Asimismo, de acuerdo con la propuesta de Moreno (1997, pág. 167), inspirada a su vez en la de Pustejovsky (1991), *caerse* y *morirse* se distinguen por ser procesos «innovativos», frente a los «modificativos». Habrá, pues, que profundizar en las diferencias que comparten *caer* y *morir.*

[23] Para la cuestión de la pertinencia de la clase de los logros, véanse Mittwoch (1991), Verkuyl (1993), Tenny (1994) y de Miguel (1999).

gro (L), porque en ese caso no sería una T. Por el contrario, los verbos de acabamiento gradual, aunque no alcancen la fase L, han ocurrido: así, mientras que la interrupción del evento de construir una casa supone que dicho evento no ha ocurrido, la interrupción del evento de adelgazar no supone que dicho evento no haya ocurrido; por ello, y dada la estructura interna propuesta, se deduce también que estos verbos no acepten *se*.

En definitiva, *se* es posible allí donde el evento tenga una determinada estructura de fases: en concreto, un logro seguido de un estado, en algún estadio de su estructura interna. Si tenemos en cuenta que un logro no puntual se puede descomponer en un L + E , finalmente disponemos de una explicación uniforme para los distintos eventos compatibles con *se:* todos ellos han de implicar un cambio de estado, en la medida en que *se* se comporta como un adverbio de fase excluyente («antes no, a partir de este punto sí»).

V. Predicciones de nuestro análisis

Nuestra hipótesis permite realizar una serie de predicciones interesantes en relación con los siguientes fenómenos: (a) la combinatoria de los verbos que admiten *se* y los tipos de predicado secundario *(Juan se murió tranquilo/*Juan se murió fusilado);* (b) la distribución complementaria de adjetivos y adverbios con estos verbos *(Juan se murió en silencio/*Juan se murió silencioso);* (c) las restricciones que presentan los adverbios de manera dependiendo de si el verbo lleva o no *se (Juan se durmió boca abajo y luego cambio de postura/*Juan durmió boca abajo y luego cambio de postura);* (d) la distribución complementaria de los adverbios de grado y el *se culminativo* y (e) las restricciones de aparición del *se culminativo* con otros clíticos de naturaleza argumental.

La primera predicción del análisis propuesto es que si un verbo con *se* implica un cambio de estado en una fase, el predicado secundario que con él aparezca obligatoriamente tiene que expresar el estado en que se encuentra su sujeto cuando el evento culmina. Por eso, no son compatibles con *se* los predicados secundarios perfectivos que no indiquen el estado en que el sujeto se encuentra en el momento en que tiene lugar el cambio. Esto permite dar cuenta de los datos agramaticales del tipo de (19a), que Rigau explicaba por incompatibilidad entre el carácter imperfectivo del predicativo y el carácter perfectivo de *se:*

(19) a. *Juan se murió fusilado.
b. Fusilado Juan, el capitán ordenó levantar el campamento.
c. Lo fusilaron {en/*durante} 5 minutos.

En contra de lo que afirmó Rigau, el verbo *fusilar* es perfectivo, como demuestra su capacidad para aparecer en construcciones de participio absoluto (19b) y su comportamiento frente a los adverbiales encabezados por *en* y *durante* (19c). La agramaticalidad de (19a) no se deriva, por tanto, del supuesto carácter imperfectivo de *fusilado*, como proponía Rigau, sino que se puede explicar, de acuerdo con nuestra hipótesis, por el hecho de que *fusilado* no expresa el estado en que se encontraba el sujeto cuando se murió; es decir, cuando se alcanzó el punto que precede al cambio de estado. Frente a (19a), son aceptables, en cambio, tanto (20a) como (20b):

(20) a. Juan se murió tranquilo.
b. Juan murió fusilado.

En el primer caso, la oración es aceptable, porque *tranquilo* sí denota el estado en que se encontraba el sujeto cuando tuvo lugar la fase culminante del evento de *morirse*. Una prueba independiente de que sólo *tranquilo* pero no *fusilado* puede expresar el estado en que se encuentra el sujeto cuando culmina el evento principal es el siguiente contraste: *Estando {tranquilo/*fusilado}, se murió.*

En el segundo caso, la ausencia de *se* permite que *fusilado* denote la manera en que se produjo el evento principal y no el estado en que se encontraba el sujeto cuando murió. A este respecto, obsérvese también los ejemplos de (21):

(21) a. Juan (#se) murió en la cama.
b. Juan (#se) murió en el campo de batalla.
c. Juan (#se) murió con las botas puestas.
d. Hay que morir(*se) con las botas puestas.

Los ejemplos de (21a-b), que agradecemos a Ignacio Bosque, sólo son aceptables con el clítico si los sintagmas preposicionales que en ellos aparecen designan el lugar en que se encuentra el sujeto cuando culmina el evento principal; en cambio, sin el clítico dichos sintagmas preposicionales pueden informar también sobre la manera en que ocurrió el evento («de forma natural y no accidentalmente o batallando»). Del mismo modo, *con las botas puestas* en (21c), si aparece el clítico, sólo puede expresar el esta-

do en que se encontraba el sujeto cuando se murió. Si éste no aparece, el sintagma preposicional puede expresar también el modo en que se produjo la muerte. Ahora bien, en oraciones impersonales con valor genérico o sentencioso del tipo de (21d), sólo cabe esta segunda interpretación; de ahí que el clítico esté excluido.

Por una razón semejante, nuestro análisis puede explicar la agramaticalidad de oraciones como (22a):

(22) a. *Juan se fue a París enfermizo [24].
b. Juan fue a París enfermizo (y volvió sanísimo).
c. Juan se fue a París enfermo.

Nótese que *enfermizo* es un predicado que denota una propiedad del individuo, y no del estado en que se encuentra el individuo. De ahí que sea incompatible con *se,* que enfoca el punto culminante que va seguido de un cambio de estado, como se ve en (22a). Esa posibilidad no está excluida con el verbo *ir* sin *se,* como en (22b), porque en ese caso la fase a la que se refiere el predicado secundario es la inicial, y se menciona una propiedad que tenía el sujeto en esa fase[25].

En cambio, *enfermo,* que denota un estado, sí es un predicado compatible con *se,* como se ve en (22c).

Asimismo, un contraste interesante que avala nuestra hipótesis es la distribución complementaria entre adjetivos y adverbios que se ilustra en (23):

(23) a. Juan se murió {en silencio, silenciosamente}.
b. Juan (*se) murió silencioso.

La distribución complementaria observada en (23) no se da con verbos como *llegar,* esto es, verbos que ocurren en un punto y por tanto carecen de una fase que implique un cambio de estado:

(24) a. Juan llegó silenciosamente.
b. Juan llegó silencioso.

---

[24] Dato que debemos a Ana Ardid (c.p.).

[25] Nótese, en cambio, que tanto en la versión con *se* como en la versión sin *se* son posibles los gerundios predicativos del sujeto, como muestra la oración *Juan (se) fue a París llorando*. Para el distinto comportamiento que muestran los gerundios, frente a participios y adjetivos en predicación secundaria, con respecto a su aparición en los predicados con *se,* véase Fernández Lagunilla (1999).

El ejemplo de (23a) muestra que el adverbial de manera no es incompatible con el clítico, porque incide sobre el punto en que culmina el evento, informando de cómo ocurrió; en cambio, un adjetivo predicativo como *silencioso* no es compatible con *morirse* porque la presencia de *se* impone al predicado secundario la obligación de informar sobre el estado en que se encontraba el sujeto del que se predica cuando se alcanzó el punto que precede al cambio de estado; dado que *silencioso* es un adjetivo que se predica de un individuo, no puede describir el estado en que se encuentra el sujeto cuando culmina el evento de *morirse*. De ahí la agramaticalidad de (23b) si aparece el clítico. Por el contrario, no existe incompatibilidad entre *silencioso* y un verbo como *llegar*, según se muestra en (24b), porque en este caso lo que hace el adjetivo es informar de una propiedad que tenía el sujeto cuando se produjo el punto culminante del evento de *llegar*.

No obstante, también los adverbiales de manera presentan una distribución complementaria dependiendo de si el evento lleva o no *se*, por ejemplo, cuando la información que aportan sobre el modo en que el evento tiene lugar es incompatible con el hecho de que el evento culmina en un punto seguido de un estado. A este respecto, véanse los ejemplos de (25):

(25) a. Juan durmió boca abajo (*y en seguida cambió de postura).
b. Juan se durmió boca abajo (y en seguida cambió de postura).
c. Juan (*se) salió difícilmente de la cueva.
d. Juan (se) salió tranquilamente de la fiesta.
e. Juan (*se) cayó de pie.
f. Juan (se) cayó de bruces.

Los contrastes de (25) se explican de la siguiente manera: *boca abajo* es una locución que puede funcionar como un adverbial de manera que indica el modo en que tuvo lugar el evento de *dormir*, como en (25a). En ese caso, la continuación recogida entre paréntesis es incompatible semánticamente con la información aportada por el adverbial y provoca agramaticalidad. En cambio, en (25b), *boca abajo* constituye un predicado secundario que indica el estado en que se encontraba el sujeto cuando el evento marcado con *se* culminó. Por ello, es compatible con una continuación que implica que se ha producido un cambio en el estado alcanzado tras la culminación del evento de *dormirse*.

En (25c), en cambio, *difícilmente* es aceptable como adverbial de manera que indica el modo en que se produjo el evento de *salir de la cueva* pero es incompatible con el verbo con *se*, puesto que no puede señalar el estado

en que se encontraba el sujeto cuando el evento de *salirse* culminó. Esta restricción no afecta, sin embargo, al adverbio *tranquilamente,* como muestra la gramaticalidad de (25d): el sujeto puede estar «tranquilamente» pero no «difícilmente»; luego *tranquilamente* puede indicar tanto el modo en que se produjo el evento (en la versión sin *se)* como el estado en que se hallaba el sujeto al culminar el evento (en la versión con *se*) [27].

Por último, *de pie* en (25e) puede describir el modo en que tuvo lugar el evento de *caer* pero no el estado en que se encontraba el sujeto cuando el evento culminó. En cambio, *de bruces* cuenta con ambas posibilidades: la de indicar el modo en que el sujeto cayó y la de denotar el estado en que se encontraba cuando el evento de *caerse* culminó.

En suma, aunque este tema requiere un estudio de mayor profundidad, podemos afirmar que la compatibilidad de los adverbios en *-mente* y otros adverbiales de manera con las distintas clases de eventos está determinada por la adecuación entre la naturaleza semántica del adverbio y la estructura interna del evento con el que el adverbio se combina, como esperamos haber mostrado. Ello confirma a su vez nuestra hipótesis sobre la existencia de fases en el interior del evento.

Otra predicción de nuestro análisis tiene que ver con el comportamiento de los adverbios de grado. De acuerdo con Bosque y Masullo (1998), sólo los eventos no delimitados aceptan este tipo de cuantificación, como se ve en los ejemplos de (26):

(26) Llover mucho./Asustar un poco a la gente./Gritar bastante./Mover más la silla.

---

[27] Otros adverbios, como *bruscamente, precipitadamente, rápidamente,* cuentan también con dos posibles interpretaciones, aunque en este caso no sean las mismas que hemos propuesto para *tranquilamente*. Así, en *Juan (se) salió precipitadamente de la fiesta*, el adverbio puede referirse al modo (precipitado) en que se produjo el evento de *salir* o —y aquí reside la singularidad con respecto del ejemplo de (25d)— al hecho de que fue precipitado el que se alcanzase el punto en que culmina el evento, con independencia de como transcurrió el subevento que sigue a ese punto culminante. De ahí que no resulte imposible una oración como *precipitadamente Juan se salió de la fiesta con gran parsimonia (cuando nadie esperaba que se fuera)*. Estos efectos no se observan en *difícilmente* (véase (25c)) ni en *arriesgadamente, torpemente* o *perfectamente* (como puede verse en *Juan (*se) subió arriesgadamente a la cima, Juan (*se) salió torpemente de la fiesta* o *Juan (*se) vio la película perfectamente)*, puesto que *arriesgadamente, torpemente, perfectamente* no pueden denotar ni el estado en que el sujeto se encuentra ni el modo en que se alcanzó el punto inicial o final del evento de *subirse, salirse, verse la película*; sólo señalan el modo en que el evento transcurrió.

Pues bien, nuestra hipótesis permite predecir que los adverbios de grado sólo pueden aparecer con aquellos verbos para los que hemos propuesto una estructura compleja cuya primera fase contiene un proceso, siempre y cuando éste no vaya seguido de la fase cuya culminación implica un cambio de estado —véase (17)—, esto es, si no se cumple precisamente el requisito para que aparezca *se*, según se observa en (27):

(27) a. El submarinista bajó mucho.
b. *El submarinista se bajó mucho.
c. Los precios cayeron mucho.
d. #Juan se cayó mucho.
f. El alpinista ha subido bastante.
g. *El alpinista se ha subido bastante.

El empleo del símbolo que precede al ejemplo (27d) indica que la frase es agramatical sólo en la interpretación en que el adverbio *mucho* es un cuantificador de grado, que es la que aquí nos interesa; en cambio, la frase es aceptable si lo interpretamos de un modo iterativo o habitual, en el sentido de «Juan, de pequeño, se caía a menudo» (para esta cuestión, véase Bosque y Masullo, 1998).

Otro argumento a favor del análisis que proponemos nos lo ofrece el hecho de que el operador aspectual manifieste restricciones de coaparición con otros clíticos de naturaleza argumental (fuente, meta, benefactivo, etc.). Así, por ejemplo, el clítico benefactivo, cuya aparición requiere la presencia de *se* con los verbos de transición del tipo T2, como en (28a-d), puede aparecer, en cambio, con los logros de tipo L1, en los que la presencia de *se* no es posible, como se ve en (28e-f):

(28) a. *(Se) me cayó el jarrón de las manos.
b. *(Se) me fue el hijo a Bosnia.
c. *(Se) me murió el canario.
d. *(Se) le vino la hija a la ciudad.
e. (*Se) me llegan invitados.
f. (*Se) me nació el niño con poco peso.

En principio, los ejemplos de (28e-f) podrían resultar sorprendentes, si se acepta la idea de Rigau (1994) de que para que aparezca un benefactivo el evento denotado por un predicado ha de haber acabado y haber dado lugar a un estado resultante que beneficie o perjudique al sujeto. Según esto, los verbos *llegar* y *nacer* en los ejemplos mencionados deberían admitir *se*.

La explicación de por qué los verbos de (28e-f) pueden coaparecer con un clítico sin exigir la presencia de *se* probablemente estriba en el hecho de que ese clítico no constituye un benefactivo en sentido estricto sino que podría interpretarse como un locativo, la fuente o la meta de una trayectoria [28]. Pues bien, la misma situación encontramos con los verbos del tipo T2 en determinados contextos en los que es legítima la presencia del aparente benefactivo sin necesidad de que aparezca el *se* aspectual; son los ejemplos de (29 a-c):

(29) a. (Se) me cayó el jarrón encima.
b. (Se) le vino el tren encima.
c. (Se) le vino el sobrino del pueblo.
d. (*Se) me cayó una tromba de agua encima.

De acuerdo con la explicación anterior, en (29a-c) hay un clítico locativo *(me, le),* que señala la meta de la trayectoria en este caso, y que no requiere que el evento haya alcanzado un estado como consecuencia de la culminación en un punto: es decir, los verbos que presentan tales características no requieren la presencia del *se* aspectual. Este clítico locativo es el mismo que aparece en (29d), donde sería absolutamente imposible la presencia del *se* aspectual, dado que el predicado *caer una tromba de agua* no denota una transición entre dos logros, no implica un punto de abandono de una locación y otro de aterrizaje en otra locación.

Finalmente, el análisis que hemos propuesto para el clítico aspectual permite explicar asimismo por qué es menos sensible al aspecto flexivo que los adverbios aspectuales *ya* y *aún* —analizados por extenso desde esta perspectiva en Fernández Lagunilla y de Miguel (1999)—. En efecto, a diferencia de éstos —que enfocan una determinada fase de la estructura del evento, que puede volverse opaca por la flexión verbal—[29], *se* no se fija en

[28] Observación que agradecemos a Ana Álvarez (c.p.).

[29] *Aún,* por ejemplo, es incompatible con las formas verbales perfectas *(aún estudia/*aún ha estudiado),* puesto que en éstas la fase intermedia del evento queda oculta al considerar el evento como un todo acabado. Otro ejemplo de cómo la flexión verbal puede volver opaca la estructura de fases de un evento es el caso de *marearse* que, en presente, es incompatible con *sólo,* como ya vimos en (6d), porque implica un evento que no ha comenzado y no puede por tanto excluir otros eventos y, en cambio, en perfecto sí es posible: *sólo se ha mareado (no ha vomitado);* esto es, como evento que ya ha ocurrido, puede excluir que se hayan dado otros eventos alternativos.

una fase (inicial, intermedia o final), sino sólo en si hay una fase que implique un punto culminante seguido de un cambio de estado:

(30) Me {estudio/estudiaba/ estudié/estudiaré...} la lección.

VI. Conclusión

La hipótesis que hemos defendido sobre el clítico aspectual como un operador enfocador de una fase de la estructura del evento no sólo permite explicar su distribución sino que tiene importantes consecuencias en la explicación de fenómenos sintácticos como la predicación secundaria y la modificación adverbial (de grado, temporal y modal). Asimismo, la clasificación de los tipos de verbos por su estructura interna aquí propuesta habrá de ser tenida en cuenta a la hora de explicar otras construcciones como las medias, las pasivas (reflejas y perifrásticas), las causativas y anticausativas, las impersonales, etc., posibilidades que no han sido exploradas en este primer momento de la investigación.

Referencias

Bello, Andrés (1847) [1981]: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, ed. crítica de Ramón Trujillo, Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife.

Bertinetto, Pier Marco y Mario Squartini (1995), «An Attempt at Defining the Class of 'Gradual Completion Verbs'», en Pier Marco Bertinetto *et al* (eds.) (1995), vol. 1, págs. 11-26.

Bertinetto, Pier Marco *et al*. (eds.) (1995), *Temporal Reference, Aspect and Actionality*, 2 vols., Turín, Rosenberg & Sellier.

Bosque, Ignacio y P. J. Masullo (1998), «Degree Adjuncts in Spanish and the Syntax-Lexicon Interface», Ms. Universidad Complutense de Madrid y Universidad Nacional del Comahue.

Fernández Lagunilla, Marina (1999), «Las construcciones de gerundio», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Nueva Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, cap. 53, Madrid, Espasa-Calpe.

Fernández Lagunilla, Marina y Elena de Miguel (1999), «Relaciones entre el léxico y la sintaxis: adverbios de foco y delimitadores aspectuales» *Verba*, vol. 26, págs. 97-128.

Fernández Ramírez, Salvador (1986), *Gramática española: el verbo y la oración*, vol. 4 (ordenado y completado por I. Bosque), Madrid, Arco/Libros.

Grimshaw, Jane (1990), *Argument Structure*, Cambridge, Mass., MIT Press.

Hale, Ken & Samuel J. Keyser (1993), «On Argument Structure and the Lexical Expression of Syntactic Relations», en K. Hale y S. J. Keyser (eds.) (1993), *The View from Building 20*, Cambridge, Mass., MIT Press, págs. 53-109.

Jackendoff, Ray. S. (1983), *Semantics and Cognition*, Cambridge, Mass., MIT Press.

— (1990), *Semantic Structures*, Cambridge, Mass., MIT Press.

— (1992), «Parts and Boundaries», en B. Levin y S. Pinker (eds.), *Lexical and Conceptual Structures*, Oxford, Blackwell, págs. 9-45.

— (1993), «X-Bar Semantics», en J. Pustejovsky (ed.), *Semantics and the Lexicon*, Dordrecht, Kluwer.

— (1996), «The Proper Treatment of Measuring out Telicity, and perhaps even Quantification in English», *Natural Language and Linguistic Theory*, 14, págs. 305-354.

Martín, Josefa (1998), *La morfología léxico-conceptual: las palabras derivadas con 're'*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la UAM.

Mendikoetxea, Amaya (1999), «Construcciones con *se:* medias, pasivas e impersonales», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Nueva Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, capítulo 26, Madrid, Espasa-Calpe.

Miguel, Elena de (1992), *El aspecto en la sintaxis del español: perfectividad e impersonalidad*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

— (1999), «El aspecto léxico», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Nueva Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, capítulo 46, Madrid, Espasa-Calpe.

Mittwoch, Anita (1991), «In Defence of Vendler's Achievements», en C. Vetters y W. Vandeweghe (eds.) (1991), *Perspectives on Aspect and Aktionsart, Belgian Journal of Linguistics*, 6, número monográfico, Bruselas, Éditions de l'Université de Brusselles, págs. 71-85.

Molina Redondo, Andrés de (1974), *Usos de se*, Madrid, Sociedad Española de Librería, S. A.

Moreno Cabrera, Juan Carlos (1991), *Curso Universitario de Lingüística General I: Teoría de la gramática y sintaxis general*, Madrid, Síntesis.

— (1997), *Introducción a la lingüística. Enfoque tipológico y universalista*, Madrid, Síntesis.

Narbona, Antonio (1984), «Construcciones pronominales transitivas no reflexivas en español», *Alfinge* 2, págs. 164-189.

Pustejovsky, James (1988), «The Geometry of Events», en Carol Tenny (ed.), *Studies in Generative Approaches to Aspect. Lexicon Project Working Papers*, 24, MIT, Cambridge, Mass., págs. 19-39.

— (1991), «The Syntax of Event Structure», en B. Levin y S. Pinker (eds.), *Lexical and Conceptual Structure*, Oxford, Blackwell, págs. 47-81.

— (1995), *The Generative Lexicon*, Cambridge, Mass., MIT Press.

Rigau, Gemma (1994), «Les propietats dels verbs pronominals», *Els Marges*, 50, págs. 29-39.

Sánchez López, Cristina (1996), «Los pronombres enfáticos y la estructura subeventiva», *Verba*, vol. 23, págs. 147-175.

Sanz, Montserrat (1995), «Telic clitics in Spanish», Ms. University of Rochester.

Tenny, Carol (1987), *Grammaticalizing aspect and affectedness*, Tesis Doctoral inédita, MIT, Cambridge, Mass.

— (1994), *Aspectual Roles and the Syntax-Semantics Interface*, Dordrecht, Kluwer.

Vendler, Zeno (1967), *Linguistics in Philosophy*, Ithaca, Cornell University Press.

Verkuyl, Henk J. (1993), *A Theory of Aspectuality. The Interaction between Temporal and Atemporal Structure*, Cambridge, CUP.

Vetters, Carl y Willy Vandeweghe (eds.) (1991), *Perspectives on Aspect and Aktionsart, Belgian Journal of Linguistics*, 6, número monográfico, Bruselas, Éditions de l'Université de Brusselles.

Zagona, Karen (1996), «Composionality of Aspect: Evidence from Spanish Aspectual *Se*», en C. Parodi *et al*. (eds.), *Aspects of Romance Linguistics*, Washington D. C., Georgetown University Press, págs. 475-488.

Zubizarreta, M.ª Luisa (1987), *Levels of Representation in the Lexicon and the Syntax*, Foris, Dordrechit.